

## CARTA PASTORAL NÚMERO 5

- Un congreso eucarístico internacional es una asamblea de la Iglesia católica, convocada por el Papa, que se reúne en una ciudad determinada por la Santa Sede, para tratar temas dogmáticos.
- En esta ocasión, monseñor Builes asistió en representación de Colombia para dar culto a la eucaristía y orientar la misión de la Iglesia católica en el mundo.
- También asistieron obispos, sacerdotes, religiosas, religiosos y fieles laicos, presididos por el mismo Papa. Pío XI delegó a Eugenio Pacelli, futuro papa Pío XII.

10 de agosto de 1926

### EL CONGRESO EUCARÍSTICO DE CHICAGO

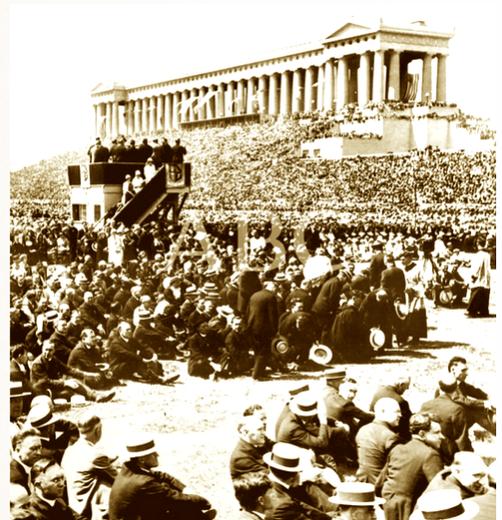
**Monseñor Miguel Ángel Builes**  
Obispo de Santa Rosa de Osos

Creemos que nuestro primer deber, al encontrarnos de nuevo en medio de vosotros, amadísimos sacerdotes y fieles, es haceros partícipes de lo que nuestros ojos vieron y nuestro corazón sintió en el gran Congreso Eucarístico Internacional, que acaba de verificarse en Chicago, y al cual nos concedió el Señor la gracia de asistir.

Hemos de amoldarnos a los cortos linderos de una carta pastoral y, por lo mismo, no podremos detenernos en los detalles del incomparable festival, contentándose con pintaros sucintamente las escenas que más conmovieron nuestro ánimo y que son suficientes para apreciar el triunfo del Rey amado de nuestros corazones, del Dios de la eucaristía.

Aquel grito rabioso de los judíos en la plaza de Jerusalén ante el Hombre Dios hecho jirones por los azotes y vestido de sangre divina: “No queremos que este reine sobre nosotros” no se ha escuchado en la gran nación norteamericana. Ese pueblo, grande bajo todos los aspectos, ha aparecido en esta ocasión magnífico en su religiosidad, magnífico en su cultura. Prepara a Cristo Rey el triunfo más resonante de los tiempos modernos; recibe al Legado pontificio en medio de vivas atronadores y hospeda a un millón de peregrinos con todo el cariño y la amabilidad con que lo hubieran hecho los primeros cristianos.

El Rey inmortal de los siglos ha recibido, en esta ocasión y en el centro mismo del protestantismo, el honor y la gloria que le son debidos. Varios pastores protestantes invitaron a sus oyentes a tomar parte en el triunfo eucarístico de nuestro Rey querido; el representante



de los no católicos expresó, en su discurso de la sesión preparatoria, los sentimientos de sus representados, "reunidos en el Congreso Eucarístico –como se expresa él mismo– bajo una misma bandera y bajo un solo propósito". ¿Cuál es esta bandera? No puede ser otra que la de Cristo Rey. ¿Cuál es este propósito? No puede ser otro que el de la multitud que se congrega: glorificar la adorable eucaristía. El presidente Coolidge, por medio del ministro del Trabajo, tributa los homenajes más rendidos al Legado pontificio y declara enfáticamente que la prosperidad material no podrá alcanzarse a menos que descansa sobre realidades espirituales, y que el progreso de su pueblo es debido solo a sus profundas convicciones religiosas. Los católicos de Estados Unidos prueban a la faz del mundo el amor y la devoción a Jesús sin el menor respeto humano, llevando en las manos su rosario y su libro de oraciones, y mostrando en su continente, devoto y recogido en los templos y durante las funciones eucarísticas, la fe que arde en sus corazones.

En esto dan ejemplo a tantos cristianos nuestros, víctimas del respeto humano, que se avergüenzan de Cristo, echándose encima aquel terrible anatema salido de sus labios divinos: "Quien se avergüence de mí y de mis palabras, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en su gloria, en la de su Padre" (Lucas 9, 26). Esta maldición no caerá sobre los católicos de los Estados Unidos, que son católicos de veras, a diferencia de lo que habrá de suceder a muchos de nuestros católicos que no practican por vergüenza lo que creen, o van al templo a burlarse de nuestro Señor en su adorable presencia, en el silencio de su prisión de amor y en la augusta majestad de las sagradas funciones.

Este espíritu de profunda veneración y esta piedad sincera que anima a los católicos del Norte han sido parte muy principal para la magnificencia de los cultos eucarísticos celebrados durante los días del Congreso, del 20 al 24 de junio último.

Desde la llegada del cardenal Bonzano, legado *a latere* de Su Santidad, comenzó a prenderse el fuego sagrado que iba a arder en ingentes llamaradas durante los cinco días del Congreso Eucarístico.

El pueblo enloquecido aclama al representante del Papa atronando los cielos: unos caen de rodillas para recibir la bendición del Pontífice, otros agitan sus pañuelos y millares de banderas pontificias en homenaje al augusto purpurado; y la salva de aplausos de medio millón de espectadores resuena fervorosa, prolongada. Con razón el cardenal de Chicago, monseñor Mundelein, exclama, una vez llegados a su catedral: "Esta entrada del cardenal legado ha sido como la entrada triunfal de Cristo por vez primera en una ciudad americana".

Llegó por fin el día señalado para la apertura del Congreso. Un millón de peregrinos, unidos a los alegres habitantes de la bella ciudad, hormigueaban por las calles y avenidas. En todas las casas, hoteles y edificios públicos, aparecían adornos eucarísticos, banderas y colgaduras que hacían de la ciudad un verdadero palacio, preparado para recibir al Rey del cielo, algo así como un jardín florido.

La mañana, cálida y de esplendoroso lucidez, parece tomar parte en el glorioso triunfo que comienza: es como un reflejo de luz divina que irradia sobre todos los entendimientos

y de los divinos incendios que inflaman tantos corazones que se acercan a la sagrada mesa. Hay 375 iglesias donde dos mil sacerdotes reparten en este día la sagrada comunión. Se ha preparado un ramillete de comuniones para obsequiar con ellas al Vicario de Cristo y un millón de creyentes que reciben a Jesús hacen al Papa la ofrenda más preciada: un gigantesco florón de llamas divinas, en que se han convertido un millón de corazones encendidos en divino fuego. ¡Un millón de comuniones y doce mil misas son la ofrenda al Vicario de Cristo!

En la mayor parte de las iglesias se celebraron misas pontificales, correspondiéndome a mí la satisfacción de pontificar en el Santuario Nacional de Santa Teresita del Niño Jesús, muy amada y venerada de todas las iglesias de Chicago.

Pero todo esto no era más que la preparación del Congreso propiamente dicho, que se abrió oficialmente a las 11 de ese día de gloria en la catedral del Santo Nombre, con una solemne pontifical, precedida de un desfile indescriptible. Cardenales, arzobispos y obispos, monseñores, superiores de órdenes, abades, sacerdotes y seminaristas, guardias de honor uniformados, caballeros del Santo Sepulcro, caballeros de Colón de San Gregorio y de San Clemente salen del Seminario de Quigley hacia la catedral frente a millares de personas que enmudecen ante la magnificencia de la escena. La catedral, convertida en un reguero de luces y de flores, no es capaz de contener más que al clero. La multitud se agolpa en las calles circunvecinas para escuchar el canto arrebatador de la misa, ejecutada por 200 seminaristas acompañados por el órgano y 50 miembros de la Orquesta Sinfónica de Chicago, y para oír el breve papal y el hermoso discurso inaugural del cardenal Mundelein, transmitidos a la multitud por los micrófonos y altoparlantes.

Las horas pasaron con la rapidez con que se deslizarán en el cielo. A las 2 de la tarde, terminada la pontifical, se expuso la divina majestad, que permaneció visible durante todo el tiempo del Congreso.

Soberbia apertura del Congreso, admirable comienzo de escenas que se resiste la pluma a describir y que es mejor presenciar y saborear: es que solo en los cielos se podrá ver algo semejante.

Se ha señalado un día a los niños; es el segundo del Congreso. Desde las primeras horas del alba, las campanas de 375 iglesias llaman a los fieles: más de un millón de peregrinos de todas las partes del mundo van en hermosas caravanas en busca de Jesús sacramentado, de norte a sur, de oriente a occidente, y mezclados con ellos millares de niños vestidos de blanco. Son las diez del día. En el gigantesco estadio o Campo de Marte, cedido por el Gobierno para la celebración del Congreso Eucarístico, se ha levantado un templete de oro bruñido, de 40 metros de alto, coronado en su media naranja, por la cruz redentora y, sosteniendo en los capiteles de sus columnas, cuatro ángeles que evangelizan la gloria de Jesús. A derecha e izquierda, 12 solios cardenalicios y sillones vestidos de verde para 580 prelados. Detrás de estos, 12.000 sacerdotes a la izquierda y 10.000 religiosas a la derecha; al frente, 62.000 niños vestidos de blanco y colocados en todo el centro del estadio semejabán vellones de nubes cándidas tendidas en la llanura. En derredor, cerca de un millón de católicos que querían presenciar el triunfo del Rey de la eucaristía. A la cabeza de los 62.000 niños, en un estrado, están de pie los

que han de tocar las trompetas de plata del Vaticano y el director del canto vestido de blanco con galones de oro. El momento es solemne, emocionante. El pontífice oficiante llega al altar, la multitud se postra. En las bocinas del micrófono pendientes del templete y que aumentan mil voces el sonido, resuena la voz del órgano, al cual se unen las trompetas del Vaticano. Una corriente eléctrica recorre la multitud emocionada; nubes oscuras han toldado el cielo y amenazan deshacerse en lluvia. Pero de repente un sonido sublime, armonioso se arranca del estadio y repercute en las alturas: 62.000 niños han entonado la misa de *Angelis, Kyrie eleison...* Y esas voces infantiles penetran los corazones y van a confundirse con las voces misteriosas del vecino lago y con el canto de los ángeles para disipar las nubes negras, remontarse hasta el cielo y herir suavemente los oídos y el corazón de Dios. Horas divinas, horas de Cielo, ¡cuándo os volveremos a gozar!

En el sermón, el cardenal Bonzano, delegado del Papa, invita a las sectas separadas a volver a la unidad de la Iglesia y al redil de Cristo ¡Ah!, ¡si los protestantes de todo el mundo escucharan tan tierno llamamiento!

El día tercero pertenece a las mujeres, en la mañana, y a los hombres, en la noche. En el mismo estadio, a la misma hora y con la misma magnificencia del día anterior, asisten a la misa pontifical 500.000 mujeres, con envidiable fervor y recogimiento. 10.000 religiosas y 12.000 damas de Chicago cantan la misa.

El arzobispo de San Francisco habla de la misión de la mujer en el hogar y en la sociedad. Regenerada por Cristo, la mujer moderna quiere de nuevo esclavizarse paganizándose y alejándose del puesto que Dios le señaló. La eucaristía será su renovación y su sostén. La Eucaristía salvará así la familia y la sociedad.

Llegada la noche, vamos a presenciar la escena más maravillosa del Congreso. 450.000 hombres solos van a asistir a una hora santa, hora de reparación, hora de amor...

A todo lo largo del lago y entre el museo y el estadio brillan por millares luces eléctricas de variados colores. A ambos lados del templete, sobre elevadas torres de hierro, derraman luces como soles potentes focos; lo mismo que abajo, en el otro extremo del estadio, en los dos grandes cuarteles. Más parece brillante día que noche oscura.

De rodillas, ante la hostia adorable, 12 cardenales, 580 prelados, 12.000 sacerdotes y 450.000 hombres de todas las partes del mundo.

En la tribuna, siete oradores proclaman la gloria de la eucaristía en siete idiomas distintos.

Terminados los discursos, se hace la profesión de fe más conmovedora que pueda imaginarse. Aquella multitud silenciosa repite en coro atronador la voz del cardenal, que dice: "Dios mío, yo creo en vos, espero en vos, os adoro con todo el rendimiento de mi alma, os amo con todo el ardor de mi corazón".

Mientras el cardenal se reviste para dar la bendición, los asistentes encienden 450.000 luces. ¡Visión de otro mundo aquélla!

En el inmenso estadio, aquel reguero de luces titilantes semejaba un cielo estrellado. Ante aquella visión sublime, no pude menos de exclamar: "Dios mío, se han caído del cielo las estrellas".

El cardenal, revestido, se acerca con su cortejo y los otros cardenales al altar, donde está patente la hostia santa. Los 580 prelados se acercan también a los pies de Jesús. Los 12.000 sacerdotes presentes se apretujan igualmente llenos de amor en rededor de Jesús. Resuenan las trompetas de plata del Vaticano y la multitud cae de rodillas con sus cirios encendidos. Vi entonces y sentí lo que lengua humana no puede describir: al unísono del órgano y de las trompetas de plata, entonan 450.000 voces varoniles el *o Salutaris*. Blanca, rodeada de brillos de oro, se destaca en el altar la hostia triunfadora, iluminada por millares de luces y envuelta en las espirales del humo de muchos incensarios. El canto arrebatador de tantos pechos resuena emocionante, sublime, elevando sus ecos hasta el cielo. Parecíame ver, conmovidos a los mismos ángeles aleteando sobre la multitud, recoger aquella plegaria del mundo entero allí representado, y pareciome percibir también los rugidos de Satanás, que se hundía en los abismos, humillado. Yo sentí el escalofrío de lo sobrenatural y vi a mis hermanos, los obispos, inclinados ante tan sublime majestad, derramar ardientes lágrimas y lanzar suspiros de amor. Mi alma, arrebatada, pensó entonces en vosotros, amadísimos sacerdotes, en vosotras también, oh vírgenes de Cristo, y en vosotros todos, oh amadísimos hermanos, y os coloqué a los pies de mi amado Señor. Y, pues, estaba mudo, porque la emoción anudaba mi garganta, no podía cantar, pero dije a Jesús con el lenguaje del alma: "*Tibi se cor meum totum subjicit quia Te contemplans totum déficit*" (A ti mi corazón está rendido, porque al verte, Señor, del todo desfallece).

Del mismo modo que el *o Salutaris*, se canta el *Tantum ergo*. Y ¡cómo se destaca suave la voz del cardenal que canta la oración al Santísimo Sacramento!

Una oleada de misterio se cierne sobre la multitud; se observan el silencio y el recogimiento más imponentes. El cardenal ha tomado en sus manos venerables la custodia y, en medio de las músicas marciales del órgano y las trompetas de plata, bendice al pueblo. Una lluvia de gracias se derrama sobre aquella multitud y sobre el mundo entero.

El cardenal se ha postrado de nuevo ante la hostia y una voz de alabanza se escucha: "Bendito sea Dios, bendito su santo nombre...". Con voz más poderosa, acaso que al principio, la multitud repite retumbando su clamor como el trueno: "Bendito sea Dios, bendito su santo nombre...".

Luego, el canto final de alabanza: *Laudate Dominum omnes gentes* (Alabad al Señor todas las gentes, alabad al Señor todos los pueblos), que acaso no podía entonarse con tanta propiedad como en este momento en que estaban congregados hombres de toda habla y de toda nación.

Aunque os tengo ya cansados, no me atrevo a pasar en silencio el desfile que al día siguiente, a las dos de la tarde, hicieron los peregrinos de habla española desde el palacio del cardenal Casanova hasta la catedral del Santo Nombre, para rogar por la pobre y atribulada nación

mexicana. El cardenal Casanova, primado de las Españas, encabeza la procesión. Van en pos los arzobispos y obispos de habla española, escoltados por sacerdotes y seguidos del clero y de incontable multitud, dividida en porciones con sus respectivas banderas. La bandera mexicana, seguida por la banda marcial de México, encabeza un grupo de 400 mexicanos que han ido a pedir a Jesús sacramentado piedad para su patria. Ordenado el desfile se entona el himno triunfal a Cristo Rey: "Tú reinarás, este es el grito...". La enorme fila contesta en coro: "Reine Jesús por siempre, reine tu corazón...".

Las avenidas se colman de millares de americanos, que oyen aquellas cadencias sublimes en la lengua más bella de la tierra.

Los desfilantes se entusiasman y entonan aquel otro himno eucarístico: "Cantemos al amor de los amores". Y es tanta la fe y el calor de aquellos pechos al levantar la voz cantando "Gloria a Cristo Jesús", que se comunica a los asistentes, quienes lloran conmovidos al contemplar el desfile y oír tan sublimes armonías.

Ya ante Jesús sacramentado en la catedral, subió un prelado al púlpito y rezó con el pueblo una visita y una oración hermosísima, pidiendo por la paz de México.

Como todas las gracias del cielo nos vienen por María, se entonó una salve a la dulce guadalupana, patrona de México y de toda la América Latina, por la desgraciada nación hermana que ve ahora salir en derrotadas caravanas a sus obispos y sacerdotes y a las religiosas, arrojadas de su patria por la turba masónico-liberal que allá domina.

Cuando el pueblo, de rodillas, contestaba a una voz con todo el fervor de su alma "Reina y madre de misericordia", vi acercarse lentamente hacia el sagrario, rodeada de las demás banderas, la bandera mexicana, la vi inclinarse suplicante y rendirse a los pies de Jesús expuesto, mustia y llorosa, como su patria infortunada.

El último día, en Santa María del Lago Mundelein, a 15 leguas de Chicago, tiene lugar el triunfo más resonante de Cristo Rey. Jesús va a pasearse vencedor por entre un millón de católicos, que le adoran y le aclaman.

Se ha preparado de antemano, en el atrio del templo, un solio de riquísimo damasco, bajo el cual ha de celebrarse la última misa pontifical. A la derecha, 12 solios de púrpura, sitio de los cardenales; a la izquierda, los asientos de los prelados y al frente, la apiñada multitud. Bajo los rayos de un sol canicular, empieza el santo sacrificio. Maravilloso silencio en aquella gigantesca multitud.

El canto ejecutado por el seminario, más que de la tierra, parece música del cielo.

Desde el principio de la santa misa, fueron apareciendo aeroplanos hermosamente decorados con las banderas nacional y pontificia. ¡Con qué sublime majestad se esparcían sobre la devota muchedumbre! En el momento mismo en que el cardenal se inclinaba sobre

la hostia santa para consagrarla, cinco enormes aves aéreas volaban majestuosamente junto a las flechas de la alta torre, como para tributar también en los aires el homenaje de adoración al Rey divino.

Es la una de la tarde. El sol quemante no impide que se prepare la procesión más bella que han contemplado nuestros ojos y que acaso no volverán a ver jamás. Seis millas alrededor del Lago de Santa María ha de recorrer en triunfo Jesús. Bajo un palio de oro, llevado por gentiles hombres de diversas naciones y en manos del cardenal legado, sale Jesús. Síguenle los otros cardenales vestidos de cauda y rodeados de sus guardias de honor lujosamente vestidos; luego los obispos, mitrados unos y con regios vestidos de color granate otros; en pos de estos, incontable número de sacerdotes. Las campanas se han echado al vuelo y la multitud apiñada canta himnos eucarísticos, clavando reverente sus rodillas al pasar Jesús. 30.000 caballeros de Colón, en dos filas con sus vestidos y condecoraciones y llevando en sus manos las espadas en las que vienen a quebrarse los rayos del sol, hacen la guardia de honor al Rey triunfante al pasar, para seguirle después. El sonido de las campanas echadas al vuelo, el canto de aquella devota e inmensa muchedumbre y la vista de aquel cuadro indescriptible hacían conmovirse todo mi ser con el escalofrío de lo sobrenatural.

Ordenada, magnífica, sublime y hermosa, iba la procesión, cuando Satanás, indignado, mostró sus garras dejando ver su odio a Cristo. El cielo, hasta ese momento azul como la superficie del lago, comenzó a toldarse y negros nubarrones nos cercaron. Pronto, el rayo comenzó a fulgurar y a estremecer los árboles del bosque. Yo me sorprendo al ver la impavidez de toda aquella gente. Desátanse las nubes en gruesa granizada y lluvia torrencial. No importa. El desfile prosigue tranquilo y aquellas barreras humanas, serenas, doblan sus rodillas y cantan con más fuerza cuanto más arrecia la tormenta. Veinte minutos de tempestad, luego la calma, y el diablo queda burlado. Pero su humillación va a subir de punto, cuando regrese Jesús a la plaza, en donde se apiña un millón de espectadores. Sorpresa incomparable: 6.000 religiosas han entonado un himno de triunfo. Únense a ellas las campanas tocadas en gama perfecta que van al unísono con la voz argentina de aquellas 6.000 vírgenes.

Y a estas y a las campanas se mezclan millones y millones de voces que resuenan al pie de Jesús y se riegan por las orillas del lago y bajo la fronda de mil árboles, donde está diseminada la multitud de adoradores.

Oh voz arrebatadora de las campanas, que nunca había oído cantar con los hombres como las oí este día; cada una de esas notas de armonía divina me hería hasta el fondo del alma y me impresionaba de tal manera que me preguntaba si estaba en el suelo o en el paraíso.

Todos caímos de rodillas ante Jesús sacramentado, calados hasta los huesos, pero ardiendo en efluvios de amor el corazón.

El legado pontificio bendijo la multitud y esa postrera bendición fue el final de las cinco jornadas más brillantes de los tiempos modernos.

Venerables sacerdotes: amad y haced amar a Jesús sacramentado para que triunfe en vuestros corazones y en los corazones de vuestros fieles. Y que el recuerdo de este memorable Congreso Eucarístico mantenga en vuestros pechos encendido el fuego del amor a ese prisionero divino que sale a veces de su cárcel de amor para triunfar y salvar el mundo.

Y a vosotros, hermanos carísimos, ¿qué os diré? Aprended del gran pueblo americano sus virtudes y no los vicios de la plebe, que es lo que os traen los turistas y los viajeros que no observan lo que pasa en las altas esferas, sino las abominaciones de la turba abyecta. Aprended, vosotros hombres, a vencer como ellos el respeto humano, que es el mayor ultraje a la dignidad de un hombre, que pondría acaso su pecho heroicamente a las balas, pero se abate envilecido cuando se trata de tomar en las manos un rosario o un libro de oraciones. No vayáis a ser cobardes cuando se trate de confesar vuestra fe y de poner en práctica vuestras creencias. Excitaos, en fin, a la devoción y al amor de Jesús sacramentado, recibéndole en la comunión y visitándole en su prisión de amor.

La presente pastoral será leída en uno o dos domingos consecutivos, a juicio de los señores párrocos en las iglesias y capillas de nuestra Diócesis, en todas las misas que se celebren.

Dada en Santa Rosa de Osos, en nuestro palacio, sellada con nuestro sello y refrendada por nuestro secretario, el 10 de agosto de 1926, día de San Lorenzo mártir.

+ *Miguel Ángel Builes*  
Obispo de Santa Rosa de Osos